

## **EL PROBLEMA DE LA PRAXIS EN LA FILOSOFIA LATINOAMERICANA**

En el segundo párrafo de la segunda página de *Arturo Andrés Roig y el problema epistemológico* (Managua, UNAN, 1998), hemos planteado el problema de la relación entre mito y filosofía.

Es necesario distinguir historia y definición de un hecho, especialmente cuando se trata de un hecho cultural. El movimiento histórico, cualquiera que sea el movimiento que atribuyamos a la historia como movimiento, nos obliga a considerar como cambiantes los fenómenos, lo que no quiere decir considerarlos como polifacéticos sino como evolutivos. (Comparando desde lejos estos planteamientos con los de la física cuantica, podríamos decir que igualmente se estudian los átomos o desde una posición fija, o como ondulación - son los dos tiempos de Zenón y su combinación -.)

Así la definición de un fenómeno debe ser en cierta medida ahistórica. Por ejemplo la filosofía es la ciencia de los conceptos en sí. Tal afirmación no es más que la aplicación a este campo particular del principio de reducción {acercamiento al fenómeno} y generalización (de las propiedades del fenómeno) que emplea siempre la ciencia. En otras palabras se trata de una definición empírica. Se trata de una conclusión generalizada en base al estudio temático de un conjunto representativo de textos filosóficos considerados como presentes, no evolutivos, en una perspectiva ahistórica.

La perspectiva histórica por su parte implica el estudio comparativo sincrónico del fenómeno dentro del marco más amplio de la evolución del pensamiento.

De ahí se desprende lo planteado en *Arturo Andrés Roig y el problema epistemológico*. La reafirmación en el periodo moderno de la filosofía como ciencia, desde Descartes y Spinoza hasta Husserl, correspondía, en continuación de Santo Tomás, a la

necesidad cada vez más aguda en la Europa preindustrial de una ciencia libre de la argolla de la religión. De hecho el descubrimiento de otros mundos presionó al hombre occidental para redefinir y validar de nuevo su discurso. Así negando a nivel abstracto la veracidad de las evidencias admitidas desde siglos atrás, y por ende la misma existencia de Dios, Descartes no sólo nos deja percibir en *Discurso del Método* los efectos del primer quebrantamiento de las creencias del hombre occidental; también está tratando de liberarse de lo no científico dentro de la filosofía, lo que llevará finalmente Kant a identificar Dios con la Nada, sin objeto por la ciencia porque incognoscible por la mente humana. Perspectiva filosófica radical que contradicieron los folkloristas del siglo XIX en sus trabajos.

Una dialéctica del discurso simétrica se encuentra en el siglo XX, cuando el hombre occidental sufre el segundo gran quebrantamiento de sus creencias, viendo emerger los antidiscursos no europeos. Esta vez no sólo cabía reafirmar el primato de su perspectiva sobre la realidad cambiante (véase la crítica de Büchner a Descartes), sino que se tenía que justificarlo ideológica y éticamente.

Es notable que las teorías acerca de la polisemia del discurso se hayan desarrolladas en los años 60, después de la Segunda Guerra Mundial. Y en el momento de los últimos y más fuertes movimientos de liberación de los países colonizados. A la crítica del discurso arquetipal, los occidentales opusieron la validez única (para cada sujeto histórico) de las perspectivas múltiples (según la época y el lugar). De manera similar frente a las tesis de Darwin, el *Génesis*, de relato histórico, pasó a ser para la Iglesia Católica una simple alegoría.

Al valorar filosofías primigenias no europeas los no occidentales buscaban afirmar y validar un discurso propio, sumando así a la dicotomía entre mito y filosofía (Hegel, Jaspers),

otra entre filosofía y ciencia. No sólo consideraban al mito como premisa del pensamiento, sino como su base valedera. Todo discurso vino a ser definitorio y por ende valioso en sí mismo.

La respuesta occidental fue la desvalorización de todos los discursos. A los mundos posibles se oponía de nuevo el mejor de todos. De discurso final y superior la filosofía según esta nueva perspectiva ya no era más que una expresión no científica de los fenómenos reales. Este relativismo epistemológico, claro está, debía mucho a Einstein y a los neopositivistas, como también a la búsqueda desesperada del individuo en el mundo wéberiano e industrial para encontrar nuevos valores que responderían a sus aspiraciones frustradas de grandeza.

Dos discursos se enfrentaron hasta llegar a la contradicción postmoderna: el no occidental, en vía de construcción, y el occidental, deconstructivista<sup>1</sup>. Mientras los no occidentales cuestionaban a la filosofía como instrumento del poder, los occidentales la cuestionaban como discurso de contestación (Althusser, Aron, Camus, Eco, Marcuse, Habermass, Appel, Lyotard, Kristeva).

Como lo aclara Cerutti en *Filosofía de la liberación latinoamericana*<sup>2</sup>, para los filósofos latinoamericanos el concepto de "*praxis*" define la manera de entrar en lo real, en los campos desprestigiados de la filosofía como lo son la filosofía del derecho o la filosofía política. Para emplear la terminología de Marx ya no se trata de pensar el mundo sino de transformarlo.

Cuestionando el ser filósofo en su etimología - amante de la sabiduría y no conocedor ("sabedor": sofista) - se logra plantear una crítica al arquetipo válida dentro de la historia del pensamiento filosófico, y con ello remplazar el concepto de

---

<sup>1</sup> V. N.B. Barbe, "Nicaragua: 3 poetas postmodernos", *El Nuevo Amanecer Cultural*, 19/04/1997, p. 7.

<sup>2</sup> V. también Serrano Caldera, "Reflexiones sobre la identidad", *El Nuevo Diario*, 15/11/1998, p. 4.

filósofo-guía por el de "*sistema de conexión*" o contextualidad histórica del pensamiento (Roig, Cerutti).

Así la base de la actividad filosófica vuelve a ser crítica y política, dentro del marco de la experiencia histórica, y hacia la generalización de dicha experiencia en la propia actividad discursiva y crítica como manera de asumirla sin caer en ella. La experiencia da la pauta a la ciencia, pero sin reducirla. Al *a priori* ontológico, irremediable porque dado de una vez para siempre, se contraponen el *a priori* histórico que asumido conscientemente favorece la pretensión a la universalidad tal como el concepto de verdad neopositivista, limitada en cuanto reducción matemática, favorece epistemológicamente la consciencia de los grados de verdad, o sea la objetivización como pretensión a la universalidad (Cassirer, Roig).

El papel de lo político en esta concepción de la *praxis* define un doble compromiso: epistemológico hacia la historia y la consciencia histórica del sujeto, y consecuentemente social del filosofar como ejercicio con fin práctico: compromiso hacia el filosofar, y compromiso del filosofar hacia la sociedad (Zea, Roig). En este sentido las filosofías de denuncia plantean el problema del concepto dentro de la relación axiológica dialéctica entre el objeto propuesto y el sujeto<sup>3</sup>.

Dentro de una concepción no dicotómica entre experiencia y ciencia, la filosofía "*sin fin de utilidad*" en el sentido aristotélico correcto de la expresión considera ser entonces un trabajo intelectual (lo que la Edad Media llamaría un arte liberal para distinguirla de las artes técnicas o mecánicas) cuyo papel es el buen cuidado de la ética, las costumbres y la "*polis*".

La crítica al arquetipo pasa al plano filosófico por la negación del *a priori* ontológico del filósofo sabedor (hombre interior) y la valoración del trabajo investigativo del filósofo buscador (hombre exterior tomado en su contexto real).

---

<sup>3</sup>V. Arturo Andrés Roig y el problema epistemológico, pp. 3-4 y 18-23.